

## Una tierra sin prejuicios / I

PERRY ANDERSON

El autor es profesor de la UCLA

Italia ha ocupado por largo tiempo una posición peculiar dentro del concierto de Europa. Por riqueza y población es, junto a Francia, Gran Bretaña y Alemania, uno de los cuatro Estados líderes de la Unión Europea. Pero nunca ha jugado un papel comparable al de ellos en los asuntos del continente, y raras veces ha sido vista como una compañera diplomática o como una rival importante. Su imagen carece de cualquier asociación con el poder. Históricamente no hay ninguna duda de que una de las razones es la de haber sido por mucho tiempo el país favorito de los extranjeros. Alemanes, franceses e ingleses le han profesado por igual un caluroso afecto que raras veces se han tenido entre sí. Incluso siendo distintos los objetos de su admiración, son pocos los comentarios que no concuerdan con este ánimo contemporáneo. Sin tomar en cuenta la mojigatería de Weimar con respecto a Roma, Goethe encontró moralmente saludable vivir en medio de su gente sensual. Byron dijo en Italia: "no hay ni ley ni gobierno; y es maravilloso lo bien que van las cosas sin ellos". Stendhal quien conocía mejor ese país, sentía a veces que "sólo la música está viva en Italia; y todo lo que se hace en esta hermosa tierra es el amor; los otros placeres del alma se deterioran; uno muere envenenado de melancolía como ciudadano". Los italianos eran también paradójicamente expertos en otras actividades:

"Nunca, fuera de Italia, podría uno cultivar el arte llamado política (la manera de hacer que otros hagan lo que nos agrada, cuando la fuerza del dinero no está a la mano). Sin paciencia, sin abstenerse de la ira, nadie podría llamarse político. Napoleón era verdaderamente pequeño en este sentido, él tenía suficiente sangre italiana en sus venas para ser sutil, pero era incapaz de utilizarla."

La lista de estos juicios indulgentes se podría extender indefinidamente.

Un contraste diametralmente opuesto permanece en el tono característico de los comentarios de sus nativos. Muchas lenguas tienen ciertas locuciones críticas, normalmente juegos de palabras o neologismos para señalar los típicos defectos nacionales. Los alemanes pueden citar la desdeñosa descripción de Hegel de su identidad política local, *Deutschdumm*; los franceses deploran la jactancia de las *franchouillardise* (francesadas); el término peruano para denominar un desorden inútil, una *peruanada*; los brasileños se burlan de pronto de las *brasileirice* (brasileñadas). Inglaterra carece al parecer de estas inflexiones irónicas: *englishry* (inglesadas) -un regalo de Tom Nairn, un escocés- no está en uso en la tierra a la que hace referencia. Italia es el polo opuesto. En ninguna otra nación el vocabulario de autodenigración es tan grande y de uso tan frecuente. *Italietta* por la frivolidad del país; *italico*, alguna vez favorecido por la prosopopeya fascista, es ahora sinónimo de banalidad y de cinismo malévolo; el más amargo de todos, *italiota*, como el premio a la imbecilidad absoluta. Es verdad que estos son términos del lenguaje coloquial y no del habla popular. Pero al igual que el contenido familiar de la frase: (el divorcio) de toda italiana..., son indicio de que la falta de autoestima que manifiestan está ampliamente difundida. Los buenos comentarios sobre ellos son más de los extranjeros que de los

mismos italianos.

En años recientes, esta tradicional falta de autoestima se ha convertido en un reclamo político persistente que empezó a finales de 1980 y ha ido in crescendo en los noventa: va en ascenso la demanda de que Italia se convierta, al fin, en un "país normal". Ese fue el título del manifiesto escrito en 1995 por el líder del antiguo Partido Comunista: Un paese normal. Pero la frase ha sido un leitmotif de los discursos y artículos en todo el espectro político, y sigue siendo un referente obsesivo en los medios de estos días. Lleva el mensaje de que Italia debe ser como los otros países de Occidente. La "normalidad" aquí, como siempre, implica más que sólo el estándar de lo que es típico. Lo que no es típico puede ser excepcional, y mejor que eso; pero lo que no es "normal" es indefectiblemente peor que eso: es anormal o por debajo de lo normal. El llamado de Italia a convertirse en un país normal expresa el deseo de parecerse a otros que son superiores a ella.

La lista completa de anomalías que ponen aparte a Italia varía de un recuento a otro, pero sobresalen tres características centrales. Durante cuarenta años de hegemonía demócrata cristiana, no ha habido alternancia en el gobierno. Bajo este régimen la corrupción política ha adquirido proporciones colosales. Entrelazado con ésta, el crimen organizado ha llegado a ser un poder en esa tierra en la medida en que las operaciones de la mafia se han extendido de Sicilia a Roma y al norte. Otros defectos nacionales son señalados con frecuencia: ineficiencia administrativa, falta de respeto por la ley y de patriotismo. Pero en la idea extendida de que la situación de Italia es anormal, el gobierno inamovible, la persistente corrupción y el crimen organizado tienen el lugar de honor. Para un recuento cuidadoso y equilibrado de éstos no hay mejor estudio que *Italy and its discontents* de Paul Ginsborg, el trabajo de un historiador inglés en Florencia, publicado originalmente en italiano, es el último monumento a la admiración crítica del país de un académico extranjero.

La larga permanencia en el gobierno no ha sido peculiar de Italia. La socialdemocracia sueca ha estado en el poder por más de cuarenta años. Las coaliciones rojinegras en Austria han durado más o menos eso; el gobierno de Suiza no ha cambiado prácticamente. Lejos de sufrir graves padecimientos, estas sociedades son normalmente vistas como las mejor administradas de Europa. La corrupción política de Japón excede en mucho a la italiana, mientras que la de Francia y la de Alemania no están muy atrás. La mafia es algo verdaderamente *sui generis* en Sicilia, pero en un sentido menos etnográfico tiene sus contrapartes en la mayor parte de Europa oriental, pero sobre todo Rusia, e Irlanda del Norte, el País Vasco y Córcega nos recuerdan que la misma Europa occidental, más que ninguna otra periferia regional, es la guarida de una violencia endémica, aunque el *mezzogiorno* en Italia siga siendo un problema en otra escala. Habría que hacer muchas aclaraciones al respecto, para un verdadero análisis comparativo. Pero todavía puede argumentarse que si al menos ninguno de estos males han afectado anormalmente a Italia, no se puede encontrar en otro país una combinación más fatal de ellos.

En cualquier caso, si se mantiene una idea fija en una sociedad, es improbable que ésta haya surgido de la nada. En Italia, la fascinación por los modelos extranjeros -el deseo de emular al mundo más avanzado- surgió con la tardía unificación del país, y con la consiguiente debilidad del Estado nacional. La adhesión piamontesa al sistema de

prefecturas francés, impuesto a la península sin tomar en cuenta las identidades regionales, fue un primer ejemplo; poco después, el de la admiración de Crispi hacia Alemania, como la de un poder imperial hacia otro. En ese sentido, la búsqueda ansiosa de instituciones para imitar, agudizada en años recientes, tiene profundas raíces históricas: es el resurgimiento de un tema recurrente. Las versiones contemporáneas han sido reforzadas sin embargo por la infeliz experiencia de un periodo en el que Italia no siguió ningún modelo externo, sino que originó el primer fascismo, una innovación política sustancial que se difundió a otros Estados. Para muchos, desde entonces, las invenciones originales italianas parecen estar endemoniadas, por lo que es mejor regresar a la seguridad de la imitación. En los años 80 el camino de la Democracia Cristiana empezó a ser visualizado por sus oponentes como algo que se proyectaba dentro del desastroso patrón alternativo de la singularidad nacional. Era la Balena bianca, una burla monstruosa de la naturaleza, al igual que el asesino creado por Melville que habitaba los mares. De acuerdo con esta leyenda, el arponazo final a la bestia se anunció en la segunda república.

Es así como los italianos etiquetan normalmente el orden político actual. En esta versión la primera república, que surgió al final de la guerra, se colapsó con terribles convulsiones a principios de los 90. Después de su muerte surgió una configuración más moderna, todavía incompleta, pero ya con grandes mejoras a su predecesora. El logro total de la segunda república, que sigue siendo para algunos un camino, es convertir al fin a Italia en un país normal. Esa era la interpretación oficial de la pasada década, compartida por todas las partes. El tránsito de la primera a la segunda república en Italia es concebido como una analogía de la transición de la cuarta a la quinta república en Francia. Hubo, después de todo, estrechas similitudes entre los regímenes creados después de 1945 en ambos países: un rápido crecimiento económico, una fuerte polarización ideológica, grandes partidos de masas, cambios constantes del gabinete con poco o ningún cambio en la dirección política, un creciente descrédito de la clase gobernante e incapacidad para controlar crisis violentas en la periferia mediterránea.

En cada caso hubo un gran ocaso en el contexto internacional por la caída de la vieja república: el fin del colonialismo, en el caso de Francia, y el fin de la guerra fría, en el caso de Italia. La Liga Lombarda de Umberto Bossi, el aparato que debilitó el apoyo del sistema tradicional de partidos en Italia, tuvo incluso su antecedente pequeñoburgués en el movimiento de Pierre Poujade, cuyo levantamiento apresuró la crisis final de la cuarta república. En todos estos aspectos, referirse a Francia para la situación italiana de principios de 1990 podría al parecer tener mucho sentido, por la legitimación de las esperanzas de purgar catárticamente los padecimientos acumulados del viejo orden y de reconstruir el Estado sobre bases más sólidas. La tarea del momento era emular el logro histórico de De Gaulle de fundar una República estable para el norte. ¿Pero quién era la figura equivalente en el escenario italiano?

En abril de 1992, la coalición gobernante -dominada desde 1980 por Giulio Andreotti, el encorvado Belcebú de la Democracia Cristiana, y Bettino Craxi, el taurino jefe de los socialistas- regresaron nuevamente al poder en las elecciones. El movimiento de Bossi, una intrusión reciente dentro del sistema de partidos, tuvo avances significativos en el norte, pero no los suficientes como para tener un efecto a nivel nacional. Al parecer hubieron las negociaciones usuales. Pero un mes después, los magistrados en Milán emitieron los primeros avisos oficiales, *avvisi di garanzia*, sobre los líderes de los dos partidos

dominantes que estaban bajo investigación por corrupción. Casi en el mismo momento, la caravana de automóviles de Giovanni Falcone, el fiscal que se había convertido en un símbolo de determinación para extirpar a la mafia de Sicilia, explotó en una emboscada fuera de Palermo. Impactado por estas dos bombas el viejo orden de pronto se desintegró. En los siguientes meses los magistrados milaneses hicieron un montón de investigaciones contra la clase política y sus socios empresariales, ahora apodados por la prensa: Evadópolis-Ciudad Soborno. En poco más de un año, Craxi voló a Túnez y Andreotti fue acusado de ser cómplice de la mafia. Para el otoño de 1993 más de la mitad de los miembros del Senado y de la Cámara de Diputados habían sido notificados de que estaban bajo sospecha de corrupción (lo cual fue tomado por la opinión pública como si fueran culpables) y por referéndum se suprimió el sistema de representación proporcional que los había elegido. Este torbellino mandó a volar a los dirigentes tradicionales de Italia. Para la primavera de 1994, los partidos Demócrata Cristiano y Socialista habían desaparecido. Sus aliados más pequeños se terminaron entre ellos.

De los escombros sólo salió indemne uno de los partidos principales. Los candidatos lógicos para el papel de la renovación parecían ser los descendientes del comunismo italiano, que había sido reconfigurado recientemente como el Partido de Izquierda Democrática (pds por sus siglas en italiano). Como el gaullismo en Francia, el comunismo en Italia había sido excluido de la estabilización del régimen posterior a 1945, formando una oposición en espera que no estaba desacreditada por la degeneración del sistema y con una masa de seguidores. Como De Gaulle, que llegó al poder en 1958 cuando lo utilizaron los coroneles que se levantaron en Argelia, a quienes él no apoyó, el pds en 1992-93 no fue responsable de la caída del viejo orden, sino que buscó utilizar el asalto de los magistrados a Evadópolis, con el cual no tenía ninguna conexión, para forzar las puertas del gobierno en Roma que le habían atrancado desde 1947. Al construir la quinta república De Gaulle atrajo a un espectro homogéneo de aliados; Antoine Pinay, Guy Mollet y otros extraños compañeros de viaje formaron parte de esta primera coalición, ayudándolo a impulsar su nueva Constitución, antes de que fueran descartados. Entonces, también, el pds formó equipo con un variado arreglo de gente de fuera y oportunistas -el notablemente vanidoso Segni de la Democracia Cristiana, el radical e inconforme Panella, el todavía líder fascista Fini- para impulsar el referéndum de 1993 que rompió el sistema electoral proporcional en el que se basaba la primera república.

Aquí, sin embargo, la analogía se rompe. Una vez instalado en París, De Gaulle estaba firmemente a cargo de la reorganización del sistema político francés, controlando todas las iniciativas, tomando y desechando todo lo acordado por sus seguidores y también emprendiendo la reconstrucción del Estado. El pds, por otro lado, saltó al carro del populismo del referéndum impulsado por Segni, echando mano de su capacidad de movilización de masas, pero no de dirección política. Y esto hace una gran diferencia. Pese a las similitudes que haya, los herederos estaban en una posición mucho más débil que la de De Gaulle. Habiendo sido excluido del gobierno de Roma casi al mismo tiempo que el general De Gaulle se retiraba a Colombey-les-Deux Eglises, en 1947, el pds no supo, sin embargo, mantener la misma distancia intransigente ante el sistema político de la primera república que De Gaulle tuvo ante la cuarta. Alrededor de 1980, el pci se fue convirtiendo en un semiparticipante a nivel regional en Italia, participaba en varias coaliciones de provincia, y era un compañero tácito de la Democracia Cristiana a nivel nacional, donde la

mayoría de las legislaciones pasaban con su consenso. Por lo que también estaba entonces implicado en las típicas prácticas del sottogoverno -comisiones por los contratos de obras públicas, subsidios a organizaciones afiliadas, residencias para los influyentes del partido- que caracterizaban al viejo orden. Cuando la crisis empezó era muy riesgoso para el pds imponerse muy agresivamente como un campeón del gobierno limpio.

Una dificultad mayor yace en toda la evolución del pci desde la guerra. El partido había recibido de Antonio Gramsci -cuyos Cuadernos de la cárcel, fueron publicados por primera vez en 1948- una gran herencia intelectual. Aparte de eso, con algunos elementos de selección o distorsión estratégica, el pci creó una cultura política masiva sin contraparte en la izquierda europea. En Italia ningún partido tiene un patrimonio comparable; las ideas originales de Gramsci no eran ampliamente reconocidas en su tierra, pero de los 60 en adelante tuvieron cada vez mayor reconocimiento externo. Había entonces aquí una tradición puramente italiana que era innegablemente vital y no comprometida. Pero el pci en la etapa de Togliatti -de mediados de los 40 a mediados de los 60- no estaba precisamente en la primavera de su crecimiento original. Era un componente de un disciplinado movimiento internacional comandado por la urss. Después de la guerra, esta estrategia era por propias razones -aunque alineada de todas maneras con los deseos de Moscú- consistentemente moderada, y al paso del tiempo el partido se volvió cada vez más independiente de los cálculos de la diplomacia soviética. Sin embargo, en su estructura interna permanecía la organización estalinista, todavía relacionada externamente con Rusia. Conducido erróneamente por sus estudiantes radicales y por trabajadores enardecidos a finales de los 60, con un panorama parlamentario cambiante, el partido reaccionó purgando a los disidentes más vigorosos de sus propias filas, el talentoso grupo Manifesto, y sus posibilidades fueron cediendo gradualmente en una negociación con la Democracia Cristiana para gobernar el país en conjunto, el llamado "compromiso histórico".

La conexión soviética no era sin embargo rígida. Normalmente, el líder más de ala derecha, el formidable Giorgio Amendola, quien exhortó abiertamente al partido a convertirse en una versión italiana del Partido Laborista británico, y que era el opositor más fuerte del sovietismo, pasaba sus vacaciones en Bulgaria. Cuando la Democracia Cristiana rechazó la mano que le tendían los comunistas en los 70, prefiriendo a los socialistas como compañeros más flexibles, el liderazgo del pci empezó a distanciarse más abiertamente de Moscú. Pero después de tantos años de cuidado la única manera en que podían pensar hacer eso era oscilar al polo opuesto de Washington; su último líder real, Enrico Berlinguer, declaró que el partido se sentía seguro bajo la protección de la otan. Sus buenos deseos fueron aplaudidos en los medios, pero no ganaron una mayor credibilidad electoral. Cuando se vino abajo el muro de Berlín en 1989, los nuevos dirigentes se apresuraron a deshacerse del nombre del partido, y pronto empezaron a repudiar la mayor parte de su pasado. Conducida sin mucha inteligencia o dignidad, la operación fue poco beneficiosa. De Gaulle, quien había sido uno de los principales imperialistas de los 40, surgió incólume del colapso del imperio colonial de Francia en los 60 negociando con destreza la independencia de Argelia por el supremo interés de la nación. El retiquetado pds abandonó su herencia por una mezcla ideológica tibia, que ya no parece representar cualquier tradición distintiva italiana, y los electores ya no lo respetan por su sacrificio. En las elecciones de 1992, en la víspera de la crisis nacional, su voto alcanzó un nuevo récord hacia abajo, 16.5%, o menos de la mitad de su puntaje quince años antes.

Todavía, a finales de 1993, el paisaje político estaba segado, tan limpio de rivales u oponentes que el partido parecía al borde del poder, pero sólo por la falta de alternativas. Una coalición construida alrededor del pds fue precisamente elegida para las alcaldías de Roma, Nápoles, Venecia, Trieste y Palermo. Se habían instaurado nuevas reglas electorales que ellos ayudaron a diseñar; en ellas la mayoría de los puestos del Parlamento se decidirían en una primera vuelta del sistema. La izquierda se mantenía serena por su primera victoria desde la guerra. Vino en cambio un ladrón nocturno. En la última semana de enero de 1994, Silvio Berlusconi, propietario del mayor imperio mediático de Italia, anunció que él conduciría un "Polo de libertad" para salvar al país de los cambios del cartel dirigente del pds. En días, él había impulsado un movimiento político, nombrado después como el canto de los fanáticos nacionales del fútbol -Forza Italia- y organizado por los ejecutivos de su organización financiera Fininvest; y había forjado alianzas con la Liga de Bossi, en el norte, y con la Alianza Nacional de Fini, en el sur, para formar un frente común contra el peligro de un gobierno rojo. Dos meses después el Polo ascendió al poder con una clara mayoría. La izquierda italiana fue rápidamente rebasada en la competencia por ser un soporte estándar de la segunda república en coalición con la derecha.

En la conversación en todas partes sobre la necesidad de un nuevo comienzo político, había cierta ironía lógica acerca de lo que se había logrado. Bossi y Fini eran fuerzas nuevas en la escena política italiana, en un sentido en el que el pds y sus asociados no lo eran, por ser muchos de ellos hombres de la primera república. Económicamente Berlusconi le debía su fortuna a los favores recibidos en el viejo orden. Genealógicamente Fini provenía de la tradición fascista leal a la república de Saló. Pero, como actores principales, ellos eran enormemente desconocidos y podían proyectar un aura de novedad con mayor facilidad. En cuanto a Bossi, era el gran y auténtico defraudador fiscal de finales de los 80 y principios de los 90. La hazaña de Berlusconi de conjuntar estas fuerzas dispares, casi de la noche a la mañana, fue notable. La Liga de Bossi, basada en manufactureros locales y comerciantes en las ciudades más pequeñas del norte, era muy hostil a la burocracia romana y al clientelismo del sur, los fuertes pilares de la Alianza de Fini. La primera estaba por una devolución y desregulación absolutas, la segunda por la protección social y por la centralización del Estado, se detestaban entre sí.

Forza Italia, el primer partido en el mundo mantenido como si fuera una compañía, hubiera sido imposible sin la fortuna personal de Berlusconi y el control del tiempo televisivo. Pero la clave de su éxito político radica en su habilidad de mediar entre Bossi y Fini dentro de sus flancos aliados y en los extremos opuestos de la península, donde ellos no compiten entre sí. La izquierda pierde porque no muestra una capacidad de anexión comparable. La coalición de la derecha toma cerca de 43% de los votos; la izquierda 34; el 16% restante es para los católicos de centro, más cercanos en su perspectiva de esta última que de la primera. Bajo la representación proporcional hubiera habido un gobierno de centro-izquierda. Pero bajo el primer antecedente del sistema posterior, equilibrado únicamente por un elemento que quedaba del pr, la falta de un bloque electoral entre la izquierda y el centro aseguraba el fracaso para ambos. El pds había ascendido con el impulso de su apoyo al referéndum de Segni.

Despojada de la victoria en el último minuto, la izquierda se tomó su fracaso muy mal.

¿Cómo podía el pueblo italiano votar por una figura tan escabrosa como la de Berlusconi? Sin embargo esto no limitaba al pds y su sombra. Esta era compartida por amplios sectores del establishment italiano: los industriales Agnelli a la cabeza de la Fiat y los Benedetti de Olivetti, cada uno con voceros influyentes en los periódicos, La Stampa y La Repubblica; Scalfaro, el presidente de la República; los tecnócratas del Banco Central; muchos magistrados y sobre todo intelectuales. En el extranjero, Financial Times y The Economist desaprobaron a Berlusconi, reconocieron pronto lo que pasaba y no se ablandaron en el momento. La izquierda, entonces, tuvo gran repercusión cuando, después del choque inicial por su repliegue en marzo de 1994, empezó a lanzar amargos ataques sobre la legitimidad del nuevo primer ministro de Italia. Podían esgrimirse contra él dos cuestiones fundamentales e interrelacionadas. El control de Berlusconi sobre la mayor parte de la televisión privada, sin mencionar sus periódicos y las distribuidoras de publicaciones, era incompatible no sólo con su alto puesto en el gobierno sino que violaba la separación política de poderes, esencial para cualquier democracia. Además había una buena razón para sospechar que había amasado una extraordinaria fortuna que le permitió construir su imperio mediático mediante todo tipo de corruptelas. La propaganda en contra decía que el nuevo gobernante del país personificaba lo peor del viejo orden: una combinación de deshonestidad e ilegalidad que podría ser un peligro permanente para cualquier sociedad libre. Hablando toscamente, ésta continúa siendo la visión predominante de los extranjeros acerca de Berlusconi.

Hay pocas dudas sobre la verdad de los hechos. Siendo hijo de un funcionario bancario menor, Berlusconi hizo su primera fortuna en los desarrollos de los suburbios de Milán, movilizando recursos de origen oscuro para la construcción de proyectos a finales de los 60, antes de entrar en la televisión comercial a mediados de los 70. Esa ciudad era la base política de Craxi, el hombre fuerte del psi, quien decidió romper el predominio demócrata cristiano de poder y con las prebendas en los niveles más altos del Estado italiano. La Democracia Cristiana recurrió a una extensa corrupción para financiar su maquinaria, pero su fuerza política radicaba en su base como partido católico ligado a la Iglesia. El psi carecía de cualquier arraigo comparable en la sociedad, por lo que necesitaba recurrir a una manera mucho más peligrosa de extorsión para contrarrestar su déficit de popularidad, y al crecer la competencia por el botín, aumentó mucho el riesgo de corrupción. Bajo Craxi, una generación de luchadores políticos callejeros tomaron el control del psi, liquidando a todos sus viejos líderes y tradiciones, mientras que la nomenclatura del pci ascendía por obediencia y conformidad dentro de una burocracia que premiaba la cautela, la indiferencia y el anonimato. Defensores de las maniobras rápidas y las vueltas estratégicas, el equipo del psi mostró frecuentemente capacidad de iniciativa política en menoscabo de la estancada defensiva del pci. Pero era una maquinaria que requería de una constante lubricación financiera.

Con el tiempo Craxi logró su meta de convertirse en primer ministro, el auge especulativo de mediados de los 80 favoreció un clima de ostentación consumista, en el que las primeras restricciones a la clase política fueron disueltas de cualquier manera. El psi estableció entonces el tono del gobierno, la Democracia Cristiana siguió el ejemplo. En 1987 se dio el "gran soborno" a los partidos en el gobierno por la creación del complejo petroquímico de Enimont, y que ascendió a 100 millones de dólares.

La carrera de Berlusconi se encaminó hacia un cambio estructural en las últimas décadas de la primera república. Pese a que sus primeros contactos fueron con el ala derecha de la Democracia Cristiana -uno de sus apoyos claves estaba ligado a la mafia siciliana-, en la medida en que fue entrando en la televisión desarrolló una estrecha amistad con Craxi, quien a su debido tiempo lo hizo padrino de uno de sus hijos y testigo de su segundo matrimonio. A medida en que el psi se desplazaba hacia una coalición con la Democracia Cristiana en el sistema político, crecía el imperio televisivo de Berlusconi. Cuando Craxi se convirtió en primer ministro en 1983, Berlusconi ya controlaba -desafiando a la Corte Constitucional- dos canales a nivel nacional. Finalmente provocó que ésta entrara en acción cuando adquirió un tercer canal; las autoridades sacaron del aire los tres canales una noche de octubre de 1984. Craxi inmediatamente expidió un decreto permitiéndole regresar al aire, y cuando el Parlamento lo declaró inconstitucional, introdujo una ley mediante la cual éste se hacía válido temporalmente. Seis años después, una legislación confeccionada a la medida para ratificar el control de Berlusconi sobre 80% de la televisión comercial del país -la llamada Legge Mammi- fue impulsada en el Parlamento por Andreotti, bajo la presión del psi, con el costo del voto de confianza que le había dispensado su propio partido. Resulta obvia la improbabilidad de que favores estatales tan extraordinarios fueran concedidos a un solo hombre de negocios a cambio de nada.

Llegó un momento en el que el imperio de Berlusconi no sólo incluía sus canales de televisión y su enormemente lucrativa agencia de asesoría, sino algunas de las agencias de publicidad italianas más prestigiosas, la cadena comercial más popular y uno de los clubes de fútbol más exitosos. Pero desde el principio había otro lado de Berlusconi, su cercanía en imagen personal a Reagan más que a Murdoch. En su juventud, había sido crooner en los cruceros del Adriático y en los salones de baile de Milán, cantando al micrófono con Fedele Confalonieri, más tarde su duro director ejecutivo en Fininvest, quien tocaba a su lado un piano blanco. No le gustaba sólo acumular compañías y dominar mercados sino también cautivar e impresionar a grandes audiencias. Frívolo en sus miras -hay un gesto casi naive que roza la vulgaridad en su impecable rostro de enorme sonrisa-, Berlusconi siempre buscó el glamour y la popularidad, atributos más del escenario que del gobierno. La gran nota de su conversación es la barzelletta, cierto "chiste" un poco colorado del cual Reagan es siempre objeto. Pero esa vulgaridad no es la razón principal por la cual Berlusconi es tan detestado por los italianos, sino la cultura de sus canales de televisión, con sus grandes índices de popularidad, y que nunca esté en desventaja cuando entra en la arena política. Las personas con educación pueden haber rechinado los dientes cuando se convirtió en primer ministro, pero grandes cantidades de votantes se adaptaron a su estilo.

En el gobierno, sin embargo, la falta de experiencia política previa de Berlusconi se hizo evidente. Más que tomar cualquier dirección definitiva o autoritaria, era paradójicamente titubeante e indeciso, desdiciéndose rápidamente cuando sus primeras iniciativas -el intento de una amnistía por los delitos de Evadópolis, y el congelamiento de las pensiones- trajeron una gran oposición. Pero esta debilidad en todo caso duró poco. En los meses que condujeron a la elección, los magistrados de Milán empezaron a realizar investigaciones públicas contra grupos completos de dirigentes de la industria italiana -entre ellos, los directores de la Fiat, la Olivetti y Ferruzzi- que todavía no alcanzaban a Berlusconi. Cuando se convirtió en primer ministro se moderaron. La mesa de los magistrados milaneses, el grupo de Mani Pulite (de las Manos Limpias), que había iniciado las medidas enérgicas

contra Evadópolis, no era neutral o una fuerza apolítica. Los fiscales y jueces italianos -es una peculiaridad del sistema que no haya ninguna división de carrera entre ellos- son un cuerpo muy politizado en el cual se dan por sentado las afiliaciones partidarias tácitas y las facciones profesionales manifiestas. La magistratura de Milán no era de ninguna manera ideológicamente homogénea -uno de sus miembros prominentes era cercano al pds, otro a la Alianza Nacional de Fini- pero los unía su odio a la venalidad de la primera república. La izquierda se consternó porque la manera de Berlusconi de deshacerse de la promesa de una democracia más limpia fuera menos importante que el enojo de los fiscales de Milán. El pasado noviembre, una llamada telefónica de la cabeza de la magistratura de Milán caía sobre Scalfaro, el presidente de la República, que se iba a expedir un aviso de garanzia contra el primer ministro bajo la sospecha de corrupción. Berlusconi se preparaba precisamente para partir a Nápoles, donde debía presidir la conferencia de la onu sobre el combate al crimen organizado. Al día siguiente la humillante noticia sobre él era dada a conocer en el pleno de la sesión en Nápoles.

Pese al alboroto que se armó, se había puesto a funcionar una trampa política. Pese a su fracaso en la primavera, el pds había adquirido un nuevo líder. A principios de sus cuarenta, Massimo D'Alema tenía más la formación de la joven guardia del psi bajo Craxi y mayor destreza en las artes de la emboscada y el cambio súbito de opinión que sus lentos antecesores del pci. Tras bambalinas estuvo trabajando a Bossi, quien había escenificado su propia revuelta contra el viejo orden, alimentando los celos personales que le tenía a Berlusconi y su desagrado de hombre ordinario hacia el magnate. La Liga, que mantenía una tercera parte de los asientos de la coalición gobernante, anunció de pronto que se iba a salir del gobierno. Berlusconi había perdido su mayoría y estaba forzado a renunciar. El primer gobierno de la segunda república permaneció sólo nueve meses, menos en promedio incluso que el de la primera.

De acuerdo con la doctrina que todos los principales partidos habían acatado, la transparencia política requería que se llamara a nuevas elecciones. Desde 1992 ningún vicio de la primera república había sido criticado tan unánimemente como la práctica de hacer constantemente alianzas cambiantes en el Parlamento para formar nuevos gabinetes, sin recurrir al consentimiento de los votantes. En la segunda república, de acuerdo con esta doctrina, quienes habían votado por sus candidatos y por un programa, podían estar seguros de que sus intenciones no serían defraudadas por los cambios oportunistas de las alianzas en la Cámara de Diputados. Bossi poseía la mayor parte de la delegación parlamentaria para los votantes que habían escogido el Polo y no la Liga, en circunscripciones que estaban fuera del partido de Forza Italia. Cuando Bossi cambió abruptamente de lugar, Berlusconi tenía toda la razón de sentirse traicionado y de demandar nuevas elecciones para determinar dónde se situarían los demócratas. La disolución de la Cámara era prerrogativa del presidente, cuyo papel constitucional suponía estar por encima de las partes. Scalfaro, sin embargo, temiendo que Berlusconi pudiera regresar al gobierno si se le permitía a los votantes expresar sus sentimientos demasiado pronto, montó otro gabinete a las órdenes del banquero Lamberto Dini. Su más que dispuesto colaborador fue D'Alema, quien manteniendo completamente los hábitos de la primera república, y en contra de los principios profesados por la segunda, orquestó bajo cuerda un apoyo de centro- izquierda para el gobierno, con el fin de ganar tiempo y preparar condiciones para un resultado electoral más favorable. El truculentamente xenofóbico

partido de Bossi, explicó el dirigente del pds, era en realidad una "costilla" de la izquierda. Por supuesto, en consecuencia, el mismo Dini -otro desertor del equipo de Berlusconi- se convirtió en un pilar de la coalición de centro-izquierda.

En esta paradójica salida de la primera prueba al nuevo orden radica una clave del código genético de la cultura política italiana. Es importantísima para ella un término que no tiene equivalente en otros idiomas euro-peos: spregiudicato. Literalmente sólo quiere decir "desprejuiciado", un término entendido en Italia como en cualquier parte. Este era el significado original de la palabra en el siglo xviii, cuando tenía una fuerte connotación ilustrada, que mantiene hasta hoy. La primera entrada en cualquier diccionario italiano la define como "independencia de mente, libre de parcialidad o preconcepción". Durante el siglo xix, sin embargo, la palabra llegó a adquirir un segundo significado, que el mismo diccionario define como "falta de escrúpulos, deseo de obstaculizar, descarar". Actualmente, y esto es crucial, los dos significados se han fusionado. Para otros europeos el "desprejuiciado" y el "inescrupuloso" son moralmente opuestos. Pero para los italianos spregiudicatezza significa, tanto una mente abierta admirable como una deplorable falta de toda sensibilidad. En teoría, por el contexto se entiende en qué sentido se aplica. La connotación que tiene ahora spregiudicato es en general elogiosa, incluso cuando su referente es más el segundo que el primero. La vigencia actual del término está en "¿no serán los escrúpulos sólo prejuicios?" Una pista que viene al caso en este momento puede encontrarse en la literatura libertina de la Francia revolucionaria, donde los personajes son descritos como sans préjugés, que significa sin inhibiciones sexuales. En la Italia contemporánea, sin embargo, la ambigüedad es sistemática y su empleo principal ocurre en el terreno del poder.